

Contexto

Revista Anual de Estudios Literarios | vol. 26 - n.º 28
e-ISSN:2610-7902 | e-Depósito Legal: Me2018000066



Iván Romero / *Bosque bañado por luz de luna* / 2019 / acrílico sobre lienzo / 200 x 200 cm

Militantes de la ferocidad, hijos de la barbarie: la visión de los andinos como responsables de la degeneración nacional en las *Memorias de un venezolano de la decadencia*, de José Rafael Pocaterra

Militants of ferocity, children of barbarism: a vision of the Andean people as responsible for the national degeneration in the *Memoirs of a Venezuelan of decadence*, by José Rafael Pocaterra

Militants de la férocité, enfants de la barbarie : la vision du peuple andin comme responsable de la dégénérescence nationale dans les *Mémoires d'un Vénézuélien en décadence*, par José Rafael Pocaterra

Recibido 15-06-21

Aceptado 31-07-21

Omar Osorio Amoretti¹

University of Connecticut, EUA

omar.osorio_amoretti@uconn.edu

Resumen: Este artículo plantea el problema de cómo la llegada de la dictadura de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez obtuvo una interpretación histórica negativa por parte de ciertos intelectuales, capaz de establecer con fuerza en el imaginario colectivo venezolano la llamada “leyenda negra” del gomecismo. Tomando en cuenta las *Memorias de un venezolano de la decadencia* de José Rafael Pocaterra, se concluye que la misma está basada en preceptos científicos de la época, cargados de conceptos raciales y culturales los cuales habían sido heredados del pensamiento positivista.

Palabras clave: José Rafael Pocaterra; *Memorias de un venezolano de la decadencia*; Gomecismo; Imagología; Historia de Venezuela.

1. Licenciado en Letras y magíster en Historia de Venezuela por la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB). Actualmente cursa el doctorado en Literatures, Cultures and Languages por la University of Connecticut. Ha publicado: *José Rafael Pocaterra y la escritura de la historia* (Equinoccio, 2018). ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5007-6749>



¿Cómo citar?

Osorio, O. “Militantes de la ferocidad, hijos de la barbarie: la visión de los andinos como responsables de la degeneración nacional en las *Memorias de un venezolano de la decadencia*, de José Rafael Pocaterra”. *Contexto*, vol. 26, n.º 28, 2022, pp. 165-175.



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES
DR. PEDRO RINCÓN GUTIÉRREZ
TACHIRA VENEZUELA

Abstract: This article raises the problem of how the arrival of the dictatorship of Cipriano Castro and Juan Vicente Gómez obtained a negative historical interpretation by certain intellectuals, capable of establishing with force in the Venezuelan collective imagination the so-called “black legend” of Gomecism. Taking into account the *Memories of a Venezuelan of the decadence* of José Rafael Pocaterra, it is concluded that it is based on scientific precepts of the time, loaded with racial and cultural concepts which had been inherited from positivist thought.

Keywords: José Rafael Pocaterra; *Memories of a Venezuelan of decadence*; Gomecismo; Imagology; Venezuela's history.

Résumé: Cet article pose le problème de savoir comment l'arrivée de la dictature de Cipriano Castro et Juan Vicente Gómez a obtenu une interprétation historique négative par certains intellectuels, capable d'établir avec force dans l'imaginaire collectif vénézuélien la soi-disant «légende noire» du gomécisme. Prenant en compte les *Mémoires d'un Vénézuélien en décadence* de José Rafael Pocaterra, il est conclu qu'il est basé sur des préceptes scientifiques de l'époque, chargés de concepts raciaux et culturels qui avaient été hérités de la pensée positiviste.

Mots-clés: José Rafael Pocaterra; *Mémoires d'un Vénézuélien en décadence*; Gomecismo; Imagologie; L'histoire du Venezuela

Introducción

Es bien conocida aquella frase que dijera alguna vez Mariano Picón Salas en la que establecía que, con la muerte de Juan Vicente Gómez, Venezuela entraba por fin al siglo XX. Más allá de lo metafórico del asunto y de sus posibles implicaciones en la interpretación de fenómenos del pasado que atañen a la historia contemporánea nacional, lo cierto es que con ella encontramos la punta de un iceberg que contiene en los niveles inferiores una carga profundamente negativa con relación a la actuación de una dictadura militar regionalista en donde las figuras principales encargadas de ejercer el poder y modificar las relaciones tanto sociales como económicas, pasando por los mecanismos represivos con los cuales preservar el *status quo*, venían de los Andes. Y es que este sector social alcanzó un control en todo el territorio nacional pocas veces visto. Viniendo de una pluma de tan alta calidad, la interpretación (producto de una labor colectiva) devino en verdad inamovible al momento de estudiar ese período.

La llegada Castro y Gómez al poder tiene un significado importante dentro de la historia nacional. En más de treinta años se habrían de acabar, entre otras cosas, las guerras civiles que habían pululado en el país desde 1811, el caudillismo congénito a la caída del orden colonial con la guerra de independencia, la deuda externa e interna y la presencia de una población ampliamente armada. Estos hechos tienen una importancia capital para la consecución de una república liberal democrática, aspiración que habrán de materializar los futuros dirigentes políticos.

Sin embargo, a principios del siglo XX algunas interpretaciones históricas no concuerdan en la interpretación valorativa de aquello que podríamos llamar la “memoria

social” de sus integrantes. Así, no escasean en los albores de dicha centuria quienes consideraban a los andinos en el poder como “gobernantes enemigos” sin ningún escrúpulo, protagonistas de una desgracia que prolongó el camino del país hacia la libertad y el progreso, valores modernos por antonomasia. El caso del enunciado de Picón Salas podría ser el ejemplo más ilustrativo en esta materia.

Las razones para que esto ocurra suelen ser numerosas: muchos de quienes escribieron sobre el asunto fueron testigos directos de los hechos, los habían sufrido o gozado (según la perspectiva del que testimoniaba) y hablaron desde su experiencia. Pero hay otro grupo que, además de eso, los representó de esa manera al concebirlos como parte de una condición social, geográfica e ideológica muy específica que resultaba incompatible con la de los andinos que llegaban de tierras lejanas, aunque igualmente integrantes del país.

En las páginas que siguen se estudia la visión que algunos miembros del sector letrado de inicios del siglo XX tuvieron de los andinos como clase social (no en pocas ocasiones sintetizados simbólicamente en las figuras de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez) y su responsabilidad en el estado en que se deja a la nación tan pronto el último dictador de esa generación muere, abriendo las posibilidades de una regeneración política. En el análisis se tomará como punto de reflexión la obra *Memorias de un venezolano de la decadencia*, cuya difusión tuvo una importante recepción no solo a nivel intelectual (contable a través de las cartas que algunos escritores le enviaron al autor en su momento) sino también en el impacto simbólico generado en el lectorado, lo que contribuyó a la edificación de un imaginario social negativo sobre el papel de los andinos en la historia política de aquellos protagonistas.

La percepción negativa de los andinos. Condiciones para su aparición

Comenzando el siglo XX, la integración de Venezuela es una aspiración que apenas se había logrado obtener en el papel. En términos prácticos no había vías de comunicación entre los distintos estados, salvo los caminos de recuas y rutas naturales que en ciertas temporadas del año eran inútiles por las subidas de las aguas (y no en pocas ocasiones los ríos constituían la forma más segura y rápida de llegar a otros lugares del mismo país). Todas estas vías de comunicación eran herencia colonial, lo que demuestra la pobreza de la nación para poder modernizar incluso aspectos fundamentales para su completa integración económica.

La incomunicación constante entre los diversos grupos humanos repartidos a lo largo y ancho del territorio generó una dinámica social peculiar en la cual, si bien los ciudadanos se consideraban venezolanos desde el punto de vista de la nacionalidad, la predominancia desde el punto de vista de la identidad estaba marcada por la geografía nativa, llegando a caer en el regionalismo como uno de los factores de confrontación social. Había, pues, sectores amplios con culturas y aspiraciones diversas en el plano político y económico desde los inicios de la cuarta república en 1830².

2. Elías Pino Iturrieta ha trabajado este aspecto de la Venezuela decimonónica en su libro *País archipiélago: Venezuela 1830-1858*, Caracas, Fundación Bigott, 2001. A pesar del límite de la fecha, el fenómeno puede extenderse hasta la llegada de los andinos al poder.

Para el momento en el cual los andinos llegan al poder con Cipriano Castro en 1899, su gentilicio es ampliamente desconocido en la historia de Venezuela: sin mayores próceres durante la independencia e incólumes ante los embates de la Guerra Federal, podría decirse que, como se encontraban retirados en aquellas montañas difíciles de penetrar, estuvieron lo suficientemente alejados como para no considerarse parte significativa de la nación. El rechazo que genera su llegada, pues, más que considerarse un grupo de aventureros que han llegado para hacerse con el poder a través de la violencia (había sido el método tradicional de hacer política y de ejercer cambios en el poder en el país en todo el siglo XIX) es producto del resultado de la percepción de los andinos como una suerte de grupo extranjero que ha invadido el país. Así lo demuestra Manuel Caballero cuando señala que la Revolución Libertadora del año 1903 “buscará ser un movimiento de todas las regiones de Venezuela en contra de los andinos” (*Gómez, el tirano liberal*, p. 57). El mismo nombre del movimiento armado da luces al respecto: “Revolución Libertadora”. ¿Libertadora, de qué? ¿Es acaso por una supuesta filiación doctrinaria de Bolívar, el Libertador de América? En lo absoluto. Se trata del movimiento nacional que se ejecuta para liberarse definitivamente de un azote que amenaza la supervivencia de los caudillos y sus intereses, empezando por los más básicos con los cuales mantener el poder: las armas y la hueste que la usa³.

Pero el rechazo no solo es de índole militar, sino también civil. Es el caso de algunos escritores como Rufino Blanco Fombona, que observan en la llegada de este grupo social la transformación negativa de la salud política venezolana y se dedican, por una parte, a denunciar ante el mundo las arbitrariedades que hacen los andinos en el poder y, por otra, a organizar movimientos armados que logren activar una fuerza efectiva que cambie esta situación.

Nacido en la región central y por lo tanto impregnado de valores considerados elevados y civilizados (no en balde es la zona donde históricamente residen los poderes públicos, donde se considera que se generaba mayor cultura y donde se han gestado los grandes cambios históricos nacionales) la llegada de un grupo fronterizo e incapaz de compaginar con estos ideales conlleva a su inmediata condena. Es así como para Blanco Fombona, por ejemplo, se habla del “andinaje” como un mal colectivo que azota a la nación y que es necesario “para salvación de nuestra cultura que el andinismo invasor vuelva a sus guaridas” (*Cantos de la prisión y el destierro*, p. 118). El carácter simbólico es más que evidente al escribirse en el prólogo de una obra literaria, deviniendo así en una suerte de acto de resistencia y rebeldía frente a una figura a quien el mito de palurdo e inculto en grado superlativo no lo ha abandonado incluso después de muerto.

Pero no queda ahí el gesto. La publicación en vida de sus diarios (en parte, al menos así lo alega él, debido a la persecución de la que ha sido objeto por el aparato represivo del régimen que ha llegado a destruir algunos de sus manuscritos) se convierten en el transmisor de ideas idóneas para conocer la realidad de ese “andinaje”. En su lectura encontraremos no pocas veces la asimilación de los andinos (siendo Gómez el epítome de ese colectivo) como la bestialidad hecha carne, pues cuando registra la enfermedad de Castro explica que los sectores ilustrados de la capital lo odian aunque le temen “a la turba de

3. Para conocer más sobre el tema vale la pena leer el trabajo de Inés Quintero titulado *El ocaso de una stirpe*, Caracas, Alfa, 2009.

bárbaros montaraces que lo acompañan” (Blanco Fombona, *Diarios de mi vida*, p. 161), lo que motiva a que se tomen acciones que eviten que el gobierno caiga en manos “bárbaras y andinas –*que todo es uno*– de Juan Vicente Gómez y compañía” (p. 170).

La visión, pues, no está exenta de polémica ante el carácter marcadamente panfletario que lo delimita. A fin de cuentas, Blanco Fombona está haciendo política y su pluma es su mejor arma contra el régimen y lo que representa para él. Se trata de una barbarie viva, no literaria como la que representaría años después Rómulo Gallegos, influenciado por esta misma experiencia.

Pero ¿qué ocurre cuando el discurso está formulado en aras de buscar una verdad histórica? ¿Habrà de verse con los mismos ojos un juicio similar sobre una realidad dada con una metodología aparentemente más rigurosa, más científica, mejor documentada? Parte de esta idea está presente en José Rafael Pocaterra al momento de elaborar sus *Memorias de un venezolano de la decadencia*, un texto que, si bien comparte muchas posturas (por no decir todas) que esgrime su compañero en periódicos, panfletos y diarios personales, tiene a diferencia de este un proyecto que evoluciona y pasa del testimonio a la historia, lo que en la apreciación del lector común es un punto importante en el momento de asumir su contenido como creíble y sus palabras como verdades sólidas. Sobre esta premisa estudiaremos cómo el discurso de Pocaterra sobre los andinos al ser formulado como un conocimiento objetivo de la realidad deviene en un producto histórico que legitima en cuanto tal la valoración de este grupo durante la dictadura de Castro y Gómez.

Memorias de un venezolano de la decadencia. Los andinos ante la historia como responsables de la degeneración nacional

Al igual que su compañero de luchas, Pocaterra vive la represión del gomecismo en varias etapas. Tanto en la del gobierno de Castro como en la de Gómez recibirá prisión de tres años, sumando en total seis de los cincuenta y cinco que habrá de vivir. Esta circunstancia lo obliga moralmente a escribir y denunciar la violencia con la cual se mueve la dictadura ante el silencio de las naciones civilizadas. Es el inicio de lo que, con el nombre de La vergüenza de América, será conocido en el futuro como *Memorias de un venezolano de la decadencia*, en el año 1936.

Considerada por lo general como un mismo texto que se está escribiendo durante más de diez años, hay además un consenso en quienes se han aproximado a su estudio en verla como un gran relato testimonial. Razones sobran para ello: no solo tenemos una constante referencia personal de los hechos ahí narrados, sino también entrevistas a personas que fueron testigos de algunos hechos que desmienten las versiones oficiales sobre puntos importantes en su momento. Así, no escasean quienes ven en él a un “paradigma [de literatura testimonial] en Venezuela (...) producto de asumir una clara posición de disidencia a la dictadura gomecista” (Ramírez, *Ecós del silencio*, p. 14), cuando no un germen de una corriente destinada a producirse con profusión en el país: por su parte José Balza (1998) en *Literatura venezolana: notas para una historia actual* lo considera como “uno de los grandes libros de testimonio de nuestra América (...) Obra desde la cual nacerán futuros testimonios de desconsoladora importancia: *Se llamaba SN* (1964) de José Vicente Abreu,

sobre la tortura en la época de Pérez Jiménez y sus connotaciones; *Aquí no ha pasado nada* (1972) de Ángela Zago, sobre la guerrilla en la década de los sesenta” (p. 710).

Y es que como llega a decir el autor en su introducción: “Hemos escrito nuestra verdad –deficiente y todo– pero verdad. Sonó la hora de que se llamen las cosas por sus nombres y no los nombres por sus cosas” (Pocaterra, tomo I, p. 11). No sería, pues, sino otra requisitoria en contra de los andinos.

El problema está en que no se toman en cuenta los tiempos en los cuales fueron realizados ambos textos, y si bien aquello que Pocaterra comienza a escribir a principios de 1920 en prisión estará incluido en la versión definitiva del texto del año 1936, no menos lo es el hecho de que en 1927 *La vergüenza de América* es un texto publicado en el exterior, denunciando una dictadura que está viva y al tanto de esta publicación en Colombia, y en el año 36 *Memorias de un venezolano de la decadencia* es escrito por un autor exiliado en Canadá, constantemente investigando lo que ha ocurrido en el país, recabando documentos y testimonios que finalmente serán formulados en un discurso cognoscitivo y totalizador de ese momento histórico. En pocas palabras, estamos en realidad ante dos textos escritos en épocas distintas y con intenciones antagónicas en el tiempo. En el primero está la clásica función pugnaz de las letras, en el segundo la serenidad de quien estudia con rigor el proceso social venezolano.

Esto nos lleva a la postulación de que el texto de Pocaterra en su versión final aspiró a convertirse en un texto histórico que explica qué ocurrió en la Venezuela de principios del siglo XX. En esta interpretación de los sucesos los andinos constituyen el componente social fundamental, novedoso y responsable de lo acaecido en el país hasta la muerte de Gómez.

Es evidente desde el mismo título del texto el carácter negativo de su exégesis histórica, y dentro de ella el componente que valora en extremo como objeto de estudio no es el institucional sino el social (¿acaso puede haber instituciones decadentes en sociedades virtuosas?). El eje de esta circunstancia gira en torno al “andinaje” del que hablaba Blanco Fombona, hasta el extremo de que el punto de inicio del relato comienza con la irrupción de los sesenta llegando, luego de una revolución exitosa, a la región central. La violencia, tan típica de estos movimientos, es retratada con detalle y no deja espacio a los ambages cuando, de manera lapidaria, al presentar a Castro y a Gómez sentencia: “Habían llegado los bárbaros otra vez” (*Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo I, p. 18).

Se trata, una vez más, de montaraces sin ningún tipo de cultura. ¿Sería por casualidad el producto de una predisposición de hombres centrales para los cuales todo lo que no esté dentro de su centro constituye por lógica deductiva un fenómeno marginal? No es del todo desechable, si comprendemos que, aun en pleno siglo XXI y a pesar del desarrollo de las vías comunicacionales que han cambiado mucho la forma en la cual los habitantes se integran y se sienten identificados con la nación, prevalece el adagio polémico que establece que “Caracas es Caracas; el resto monte y culebra”.

Tan extranjeros son considerados que incluso se formula una explicación a esta condición de los andinos: son el producto de una población desconectada de cualquier evento histórico forjador de la nacionalidad venezolana y su sentimiento nacionalista: “Ellos son, generalmente, [los andinos] descendientes de los comerciantes isleños o de los mulatos

reacios que se ocultaban por los riscos de la Cordillera cuando el relámpago de la libertad trazaba su parábola de fuego en el alma nacional” (tomo II, p. 116). Es por eso que su participación en el Gobierno no puede ser otra cosa sino el producto de una “brigada de genízaros” (tomo II, p. 54) que se hicieron con lo que no es suyo y que han dirigido a la nación bajo falsos conceptos de patriotismo y favorecido sus propios intereses regionales. Y aunque escribe para la posteridad y aspira a ser una historia que desmonte la versión oficial de los sucesos ocurridos durante el “andinaje”, opina con total subjetividad: “¡Qué van a sentir por la Patria los hijos de peones huidizos o de cuatrerros errantes! La patria para esta gente es la befa y el escarnio de los suyos, la guapeza a salvo y con armas, el Panteón melancólicamente abierto para isidros y sus novias... Unos cohetes en la plaza, una música, una polvareda, y todo ellos tras el decreto fijo, inexpresivo, reglamentario en la página de la *Gaceta Oficial*, bajo el rubro del ministerio de Relaciones Interiores y el refrendo del de Guerra” (tomo II, p. 116). Un sentimiento al cual en su momento podría haberse adscrito más de una persona, fuera central, oriental o coriano.

A su vez este acto cuasixenofóbico viene acompañado del rechazo de una dinámica completamente incompatible con los valores políticos defendidos por la élite cultural venezolana y que, con sus altos y sus bajos momentos, se aplicaron en la política nacional⁴.

No son bárbaros por los rasgos fenotípicos (aunque al final este regionalismo configurará simbólicamente esa idea), sino en parte por lo que han traído consigo y los efectos que han acarreado al país. El principal elemento de convicción se encuentra en la violencia de su gente. En ellos vive aquello que toda sociedad civilizada aspira a contener en aras de la armonía en el Estado: las pasiones humanas y el ejercicio de la fuerza como forma de imposición sobre los otros. Simplemente no existe en ellos el diálogo, el concepto de adversario y su necesaria fórmula pacífica de mediación de conflictos. Y esta inserción en el manejo del poder político (cuya influencia llega a ser decisiva en el comportamiento de la ciudadanía, si es que el ejercicio de la política es por naturaleza orgánica y, en consecuencia, no hay acción sin modificación en el resto de sus componentes) no podía ser menos calamitosa para la historia nacional:

Estos hombres de 1899 han traído una doctrina de ferocidad; en su incultura, en su concepto primitivo de las cosas, para ellos no existe el adversario político sino como un enemigo a quien deben asesinar, eliminar, envenenar, destruir. Todo es lícito contra “el enemigo”: el enemigo es el malo, el enemigo está fuera de la humanidad: debe matársele a palos, a hierro, haciéndole ingerir arsénico o vidrio pulverizado... El asunto es que desaparezca: en la emboscada del tiro de “cachito”, a la vuelta de cualquier sendero, o pagando a un asesino urbano, o dejándole perecer en un calabozo... ¡Hablan de infidencias y de traiciones los que sólo han surgido a fuerza de traiciones e infidencias! Por eso viven sospechando de todo; por eso están en sobresalto y perenne de sucumbir a mano airada...[...] Estos hombres sin moral ni rudimentarios principios de sociedad;

4. Habría que recordar los gobiernos de Antonio Guzmán Blanco, Raimundo Andueza Palacios, Juan Pablo Rojas Paul y Joaquín Crespo en donde si bien había un tratamiento despótico con la oposición política, había al mismo tiempo una tolerancia mínima a la disidencia y a la crítica que, al erradicarse de pleno con la llegada de los andinos al poder, los hizo ser visto por sus conciudadanos como seres incivilizados y brutales.

estos hombres, que permanecen en la penumbra de la selva, en la frontera de la civilización, más allá del derecho de gentes, más acá del simple instinto troglodita, han alcanzado la audacia y la impunidad de sus hábitos porque la sociedad, sorprendida, desconcertada, aterrada, finalmente, aún no se ha atrevido a trazarles el límite a plomo, a hierro, a latigazos... (tomo II, pp. 45-46).

La explicación se complementa en la descripción de personajes existentes durante el régimen y que aplicaron esta “doctrina” en aras del control social. Casi todos pasan a la historia como hijos de un declive generativo que inevitablemente repercutía en sus valores morales. Los esbirros de Gómez, algunos de ellos miembros de la policía especial (La Sagrada) son así no por el producto de la geografía nacional (una causa que podría significar un talante positivista en la construcción de conocimiento histórico) sino gracias a algo más biologicista y en consecuencia de mayor incidencia humana: una degeneración.

Las palabras con las cuales describe el comportamiento de estos personajes están destinadas a representar fielmente ese estado espiritual que los movía. Un personaje de la época llamado Pedro García “procede con una obediencia de turco boshandí, de tártaro”, y uno de los carceleros que lo atiende cuando está a punto de ser ingresado a La Rotunda llamado “Cara e caballo” es mucho peor físicamente de lo que el apodo puede remitir: “El apodo no le va bien. Se insulta de un modo grosero al noble animal. Es una faz lombrosiana, de mandíbula enorme, de ojos tártaros. Las bestias no tienen esa expresión. Los que conocen esa variedad de saurios que llaman “baba” en nuestros llanos hallarán en aquel cráneo achatado con dos protuberancias frontales y un maxilar de pesadilla el perfecto símil para este malhechor” (tomo II, pp. 252-253)⁵. Incluso aquellos que ejercen funciones civiles (y en consecuencia aparentemente inocuas) no escapan a esta condición, pues el secretario que lo atiende, de apellido Roa, “cuando sonrío en la cara vulgar resultan sus dientes blanquísimos, cortados en punta como los de un tiburón” (tomo II, p. 263).

La animalización es una correspondencia de la maldad gestada en esa banda de “bárbaros que merecen más piedad que cólera” (tomo II, p. 261) y que llegaron a dirigir los destinos de la nación guiados por “*un régulo de barba en punta y mandíbula prognática bajo unos ojos árabes que se velaban en sensualidades simiescas*. Vinieron, bajo el crepúsculo y la traición; impusieron por la unidad, por una disciplina, por un cierto sentido ofensivo y defensivo de solidaridad que margariteños y corianos, zulianos y mirandinos nunca han logrado entender” [cursivas nuestras] (tomo II, pp. 100-101). El líder de esta camada de destructores, Juan Vicente Gómez, es la encarnación humana de todos estos antivaleores.

Guiados por un sentimiento de unidad que los fortalece frente al resto de la sociedad venezolana, en las *Memorias de un venezolano de la decadencia* Gómez constituye el factor principal de perversión moral y tiranía. Sin su consentimiento nada de lo que ocurrió por más de veinte años (a saber: una catástrofe social de heridas profundas en la colectividad venezolana) hubiese tenido lugar. Es así como, en un gobierno altamente personalista,

5. No debe tomarse a la ligera la alusión a la doctrina de Cesare Lombroso, pues tiene una alta consonancia con las ideas sobre la degeneración que se han desarrollado en este trabajo. Esta desviación moral genética de los andinos se manifiesta en una serie de características repetitivas en los esbirros y andinos en el poder en general, delatando así tanto un argumento científico (Lombroso pertenece a la escuela positivista del derecho italiano) como una respuesta histórica y social.

conocer al tirano es indagar la naturaleza de la tiranía. En consecuencia, buena parte de sus páginas están destinadas a retratarlo y con ello erige el epítome de la llamada “leyenda negra” de Gómez, en tanto figuración final de la maldad y la enemistad.

En ese sentido, la moralidad es la gran ausente en su retrato:

Si en este hombre [Gómez] hubiera un germen definido hacia el bien, lo hubiéramos advertido. Su inferiorísimo tipo moral le aplasta: quiere ser justo y resulta cruel; pretende ser buen padre y fomenta vicios y desmanes y crímenes; deja de robar y le invitan al robo; se niega a matar y le echan los muertos al hombre (...). Aborrece a los caraqueños por sus chascarrillos; no sabe reír la buena risa; no entiende la gracia fresca de una broma sin trascendencia: Cervantes ríe:... -“Es un enemigo”; Tartufo aplaude: “Es un amigo”... Amigo, enemigo. Sobre estos dos polos gira su comprensión: el enemigo, el malo, el que no mata junto con él, el que no roba en su compañía o admite la parte que le sobra al león; el amigo... un pobre diablo en cuatro patas, haciendo zalemas por entre sus espuelas, con una “manifestación” en la mano como el pandero del gitano que baila el oso (tomo I, pp. 161-163).

A través de esta construcción del sujeto histórico, se desarrolla la parte más importante del texto que confirma lo que puede parecer producto de la bilis o de una denigración subjetiva con fines de venganza: la narración de las torturas y los abusos de poder. Es parte fundamental del libro y se puede resumir muy bien en la tercera parte titulada “La vergüenza de América”, el mismo apartado que se escribió por primera vez y se publicó en 1927, ahora anexado a un proyecto de mayor alcance. Todos los sucesos contados en sus páginas tienen una investigación de por medio en la que cada nombre lo atestigua cada tumba. No hay así un matiz positivo en el caso de los andinos en la historia contemporánea venezolana: son la causa y al mismo tiempo el producto de una sociedad que llevaba dentro de sí una descomposición tan grande que la llegada, al principio insólita, al poder se convirtió en el maridaje perfecto de una “Venezuela emasculada” que se había tendido “a dormir bajo un manzanillo de bienestar soporífero con el más alto representante de todos los vicios de deformación que la venían caracterizando” (tomo II, p. 385).

La muerte del dictador marcaría el inicio de su difusión definitiva en la población venezolana. Nacida en un principio como panfleto político que buscara una respuesta internacional ante los abusos de una tiranía en el continente americano, terminó como la materialización de una interpretación histórica de un momento crucial de Venezuela. El empleo de la narración (heredera de una historiografía decimonónica que no habría de cambiar sino a mediados del siglo XX con las escuelas de historia en las universidades) ayudaría a generar un sentido más convincente a lo vivido. Una historia sin duda fascinante para la comunidad, pues si algo había sido pan nuestro de cada día para quienes vivieron la quietud del gomecismo había sido el rumor, ese saber de oídas cosas que no podían hablarse porque hasta las paredes parecían estar atentas a lo que la gente comentaba. Una historia que rompe desde su aparición la fuerza coercitiva de la historia escrita, que en ese momento equivalía lo mismo a decir interesada, censurada, acomodada a los intereses de la dictadura andina, y la desplaza para convertirse ella misma en la “verdadera historia” del gomecismo. Indudablemente, Pocaterra con esta publicación obtiene su cometido, y con ello propaga una representación desfavorable de los andinos en la memoria colectiva nacional.

Conclusiones

1. Las condiciones geográficas de la Venezuela del siglo XIX dieron como resultado el fenómeno del regionalismo, un elemento que dificultó la integración nacional desde el punto de vista identitario entre los diversos grupos humanos distribuidos en el país. Así, con la llegada de los andinos al poder a través de la llamada Revolución de los Sesenta, el primer sentimiento nacional fue de rechazo absoluto, considerándolos como una fuerza invasora no venezolana. Parte de este suceso se explica por el hecho de que durante la historia republicana no hubo representantes importantes en ese grupo y los numerosos acontecimientos que conforman la historia patria, que fue uno de los elementos ideológicos fundamentales en la forja de la identidad venezolana.
2. El rechazo tiene otras aristas mucho más comprensibles desde el punto de vista práctico. Por una parte, los andinos arrebatan la cuota de poder que los caudillos del resto del país habían tenido desde los inicios de la cuarta república (1830) al conformar un ejército nacional; por otra parte, quienes están en el poder no son propiamente gente abocada al ejercicio civil del poder político, lo que en otras palabras se traduce en aquella “doctrina de la ferocidad” denunciada por Pocaterra. Esta práctica choca con los valores que se habían llevado con sus altos y sus bajos en la región central (que es donde radica el poder político y donde vive por lo general la élite), léase: los intelectuales. El contacto entre ambos mundos llevaba irremisiblemente la vivencia en carne propia del conflicto entre la civilización y la barbarie, problema que ya tiene una elaboración sistemática en la intelectualidad (ya en el pensamiento positivista está presente) y frente al cual se percibe que este último es el gran victorioso.
3. Con la publicación de las *Memorias de un venezolano de la decadencia* un año después de la muerte de Gómez, José Rafael Pocaterra supera la fase panfletaria y abiertamente testimonial de *La vergüenza de América* del año 27 para entrar en otra mucho más rica y compleja a nivel conceptual: la interpretación histórica de un período largo y de consecuencias inevitables para el país. Esto lo lleva a considerar el problema como un tema de historia social, aunque otros elementos no están exentos en ella. Para ello utiliza todo lo expuesto en el modelo textual anterior y lo subsume como material de primera mano que le permita respaldar este nuevo objetivo. En él, parte importante de la argumentación que explica la decadencia nacional está en la llegada de los andinos como grupo regional promotor de esa degeneración social. Los rasgos de sus líderes tanto a nivel físico (mandíbulas prognáticas, frente chata, ojos rasgados) como culturales (“a Gómez el sonido de una carreta le parece un endecasílabo” (tomo I, p. 185) constituyen rasgos inequívocos de una raza incivilizada, surgida nada menos que de las zonas más montañosas del país (son, pues, en el peor sentido de la palabra, montaraces, “gente de monte”, como se diría en términos más actuales). Las descripciones de los personajes responsables de conducir la política nacional serán lo suficientemente abundantes y detalladas para convencer al lector de la certeza de esta afirmación, la cual aspira a ser histórica, así como de la investigación que realiza. Esto, conjuntamente con la narración de las desgracias que ocurran en el país, será la causa por la que entronizaron sin mayor resistencia.

En consecuencia, esta visión negativa del andino delata también un conflicto cultural profundo entre una zona central y otra periférica cuyos patrones de comportamiento no coinciden. El discurso de las *Memorias de un venezolano de la decadencia*, de marcado talante investigativo, legitima esta visión que comenzó siendo inmediata y virulenta (como en el caso de Rufino Blanco Fombona) al otorgarle un sentido más profundo, en tanto grupo social heredero de una cultura que, al instalarse en el corazón de la república, generó una dinámica político-social destructora: la gestación de la decadencia mayúscula. Sería cuestión de tiempo para que su lectura a través de las generaciones de lectores asentara dichas ideas con la autoridad que sólo un texto como este, que rescató información soterrada por la censura gubernamental, pudo establecer.

Bibliografía

Balza, José. "Literatura venezolana: notas para una historia actual". *Lectura crítica de la literatura americana. La formación de las culturas nacionales*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1998.

Blanco Fombona, Rufino. *Diarios de mi vida*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1991.

_____. Prólogo de "Cantos de la prisión y el destierro", en *La oposición a la dictadura gomecista. Liberales y conservadores*. Caracas, CPPV-SXX, 1983, tomo II, volumen I.

Caballero, Manuel. *Gómez, el tirano liberal (anatomía del poder)*, Caracas, Alfadil Ediciones, 2007.

Pocaterra, José Rafael. *Memorias de un venezolano de la decadencia*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990.

Ramírez, Fanny. *Ecós del silencio. Panorámica del testimonio venezolano, 1960-1990*. Caracas, Ediciones Faces UCV / Fundación Celarg, 1998.